

Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, hizo estudios de postgrado en la Universidad de Maryland gracias a una beca Fulbright.

Inició su carrera profesional en periodismo económico y comunicación corporativa, para después pasar a dirigir la edición española de la revista Foreign Policy, que después se convirtió en *esglobal*. Es también coordinadora editorial de la revista Pensamiento Iberoamericano, editada por Segib. Ha sido subdirectora general de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE). Es miembro de diversas organizaciones nacionales e internacionales, entre ellas, el Consejo español de ECFR (European Council on Foreign Relations), el Consejo Científico del Real Instituto Elcano, los Patronatos de la Fundación Educación para el Empleo Europa y de Alianza por la Solidaridad y la Junta directiva del capítulo español del Club de Roma.

Cristina Manzano

Directora de *esglobal*, publicación especializada en análisis internacional, es también columnista de *El País* y de *El Periódico de Catalunya*, y miembro de diversas organizaciones dedicadas a las relaciones internacionales.



Trump: el presidente QUE NO AMABA A LAS MUJERES

Cristina Manzano

1

Trump: el presidente que no amaba a las mujeres

“**S**i bien puedo ser la primera mujer en este cargo, no seré la última, porque cada niña que está viendo lo que ha ocurrido esta noche ve que este es un país de posibilidades”. Fue la frase más repetida del discurso de Kamala Harris tras la victoria electoral. Un homenaje a quien se la inculcó, a su principal referencia: su madre.

La lucha por la igualdad y por la diversidad forma parte del ADN de Harris. Nacida y educada en la California del activismo anti imperialista, anti racista y anti Vietnam, la vicepresidenta electa de Estados Unidos está acostumbrada a ser pionera en muchas de las facetas de su vida. A lo largo de su carrera ha sido la primera mujer negra en ser elegida fiscal de distrito en San Francisco; en ser elegida fiscal general del estado de California, y la primera senadora indoamericana. Desde el 20 de enero es la primera mujer, la primera persona negra, la primera de origen indio y la primera de origen jamaicano en ocupar la vicepresidencia.

Tras la dramática derrota de Hillary Clinton en 2016 hay algo de justicia divina en todo esto. La inmensa decepción en aquel momento surgía de lo inesperado del resultado; pero también de que las esperanzas de ver, finalmente, a una mujer en la Casa Blanca se desvanecieran de la mano de un personaje abiertamente machista y misógino. Su “momento estelar”, la publicación durante la campaña de un viejo vídeo en el que, de la manera más vulgar, el entonces empresario daba su opinión sobre las mujeres como mero objeto de usar y tirar.

Sí, la derrota de Hillary Clinton y la victoria de Donald Trump supusieron un gran golpe para el feminismo y la lucha por la igualdad. Durante la Administración Trump la causa de las mujeres ha sufrido frenos y retrocesos, de la mano de una agenda ultraconservadora que ha puesto en jaque derechos adquiridos. Pero Trump también ha servido de catalizador de nuevos movimientos y de nuevos modos de impulsar la igualdad y la equidad de género. Su efecto más visible: el aumento de la representación política femenina.

He aquí un resumen del impacto que la presidencia Trump ha tenido sobre la lucha de las mujeres por la igualdad en Estados Unidos.

2

Tomar las calles, tomar las redes

Nadie entendía cómo habían podido fallar tan estrepitosamente las encuestas. El triunfo de Trump no figuraba en el radar del ejército de expertos y analistas volcados en el juego electoral. Una vez que ocurrió, sus esfuerzos se dirigieron a diseccionar a esos millones de votantes que se les habían escapado. Si eso era así en general, mucho más con las mujeres. Costaba entender que, con su discurso y su campaña, ellas pudieran haber votado por él. Lo cierto es que fue Hillary Clinton quien ganó el voto femenino total (con un 54 %), pero un 53 % de las mujeres blancas votó a Trump, quien también ganó, dos a uno, el voto de las mujeres blancas sin educación universitaria.

Las grandes movilizaciones empezaron al día siguiente de la llegada a la presidencia de Trump. Mientras este se empeñaba en defender la falsedad de que su toma de posesión había reunido a más gente que la de Barack Obama, la Marcha de las mujeres sacaba a las calles a más de medio millón de personas en Washington, muchas de ellas armadas con un simbólico gorro de punto rosa, y a más de 6 millones en 34 países de todo el mundo. El mensaje era claro: no queremos dar un paso atrás en nuestros derechos. También lograba transmitir un sentido de unidad de propósito más allá de las fronteras norteamericanas. Apenas unas semanas más tarde, la celebración el 8 de marzo del día internacional de la mujer tuvo una resonancia especial.

Es difícil concebir el movimiento #MeToo, que surgió unos meses después, sin el ambiente generado por las marchas de las mujeres. La denuncia de los abusos sexuales en la industria del cine no era nueva, como tampoco lo era el propio lema, pero el tuit lanzado por la actriz Alyssa Milano en octubre de 2017 cayó en terreno más que abonado.

El poder amplificador y universalizador de las redes sociales facilitó que la denuncia se extendiera como un reguero de pólvora a través de países y de idiomas. En Estados Unidos, un primer foco fue Harvey Weinstein, el todopoderoso gigante de la industria cinematográfica que, según se fue revelando ampliamente, había acompañado su carrera de éxitos con otra de depredador sexual. Pero no fue el único. Igual o más escandaloso fue el caso del magnate Jeffrey Epstein, con su extensa red de prostitución de lujo de menores que alcanzó a numerosas y prominentes figuras de los negocios y la política.

La reacción en contra de todo lo que suene a feminismo por parte de determinados grupos ha sido otra de las consecuencias del #MeToo, incluida la denuncia de una supuesta “caza de brujas” contra los hombres.

El #MeToo se convirtió en tema central en el debate público y muchas mujeres de toda condición y en todo el mundo se atrevieron a insinuar, confesar o comentar sobre sus propias experiencias. Uno de sus mayores logros fue la capacidad de mostrar la enorme dimensión que el abuso sexual tenía en las relaciones de poder entre hombres y mujeres, ya fuera en el mundo corporativo, el académico, el deportivo o el político, entre otros muchos.

En el Parlamento Europeo, por ejemplo, un grupo de mujeres y hombres puso en marcha el blog #MeTooEP¹, para denunciar todo tipo de abusos, desequilibrios de poder y violencia contra las mujeres en el seno de la institución. El descubrimiento de numerosos casos de acoso marcados por la diferencia jerárquica fue una sorpresa para muchos, pero algo habitual y conocido para otros y, sobre todo, otras. En octubre de 2017 el PE aprobó una resolución para combatir el acoso sexual, cuyas demandas fueron reiteradas por la cámara salida de las elecciones de 2019.

El #MeToo contribuyó también cambiar el debate sobre los límites de la galantería y de lo considerado correcto por las sociedades. Durante la última campaña electoral, Joe Biden fue acusado por varias mujeres de haberse sobrepasado en diversos momentos de su trayectoria política con sus muestras de afecto. En otra época tales gestos eran considerados “normales”; hoy han dejado de ser aceptables.

¹ <https://metooep.com>



La doctora Christine Blasey Ford jurando antes de su testimonio en el Senado.

En el complejo sistema político estadounidense, las mujeres obtenían ratios de éxito similares a los de los hombres una vez que se lanzaban a competir; lo que les costaba más era tomar la decisión de entrar en la carrera política

Posiblemente uno de los momentos más simbólicos en estos años fue el del testimonio en el Senado de la doctora Christine Blasey Ford durante la confirmación del juez Brett Kavanaugh como magistrado del Supremo en octubre de 2018. Allí, entre el apoyo y la admiración, por un lado, y el desprecio y los ataques, por otro, de mujeres y hombres de todo el país, Blasey Ford relató cómo el juez había intentado violarla cuando ambos eran adolescentes. Con estrecho margen, Kavanaugh, apoyado por Trump en su “conquista” conservadora del Supremo, ganó la votación. Meses después, Blasey Ford seguía recibiendo amenazas de muerte y no había podido volver a trabajar.

Porque la reacción en contra de todo lo que suene a feminismo por parte de determinados grupos ha sido otra de las consecuencias del #MeToo, incluida la denuncia de una supuesta “caza de brujas” contra los hombres. Sin embargo, aunque la perspectiva histórica aún es corta, los cambios de mentalidad y de actitud que ha impulsado y reforzado el movimiento parecen ya lo suficientemente profundos como para tener un impacto a largo plazo.

3

A la conquista de la política

La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca introdujo asimismo nuevos incentivos para aumentar la presencia de mujeres en política.

En el análisis sobre igualdad de género, siempre ha resultado paradójico que Estados Unidos, el país de las libertades y de la lucha por los derechos civiles, tuviera una representación política femenina muy por debajo de la media de otras democracias consolidadas: en aquel momento, el Congreso americano contaba con poco más del 19 % de mujeres entre sus representantes, mientras que en el Senado la cifra ascendía ligeramente a un 21 %. En España era del 40 %.

En el complejo sistema político estadounidense, las mujeres obtenían ratios de éxito similares a los de los hombres una vez que se lanzaban a competir; lo que les costaba más era tomar la decisión de entrar en la carrera política. Entre las razones que pueden explicar esta realidad, la falta de autoconfianza, la falta de redes y contactos en un entorno tradicionalmente masculino, un factor fundamental sobre todo a la hora de recaudar fondos, o las propias estructuras de los partidos (no existen, por ejemplo, listas cremallera, como en España).



Gina Haspel fue la primera mujer en dirigir la CIA, entre 2017 y 2021.

Conscientes de esas carencias, diversas organizaciones llevan décadas dedicadas a animar, formar y apoyar a mujeres para que presenten sus candidaturas. Por tamaño y por impacto, la más destacada es Emily's List, que se define como la mayor fuente de recursos (de financiación, pero no solo) para las mujeres en política de todo el país. Fundada en 1985, busca reclutar mujeres demócratas partidarias del aborto y promover un cambio positivo.

Según la propia organización, entre 2017 y 2018, 42 000 mujeres expresaron su interés por presentar alguna candidatura, ya fuera local, estatal o federal. En el ciclo político anterior lo habían hecho 920². En esos dos años primeros de la presidencia Trump, 3 379 mujeres fueron candidatas en elecciones estatales, 16 mujeres fueron candidatas para el cargo de gobernadoras y 529 mujeres fueron candidatas al Congreso en las elecciones de medio mandato (329 lo habían sido en 2016). Claramente, algo se movía en la política estadounidense.

El resultado final es una curva en ascenso. Tanto la Cámara de Representantes como el Senado obtuvieron la mayor representación femenina de la historia: en la primera pasó de 83 a 102; en el segundo, de 21 a 25 (después 26, tras la renuncia por enfermedad de un senador). En total, un Congreso ocupado por casi un 24 % de mujeres.

Por primera vez, además, obtuvieron escaño dos mujeres musulmanas y dos mujeres nativo-americanas. Además de ganar su escaño, Alexandria Ocasio-Cortez ganó el título de convertirse en la legisladora más joven del país.

4

Todas las mujeres del presidente

Además de quienes han combatido en el terreno electoral, ¿cuál ha sido la presencia de mujeres en el equipo directo del presidente?, ¿en los ámbitos de poder cuya elección recaía en él?

La imagen del gobierno —el “gabinete”— Trump ha sido mayoritariamente masculino y mayoritariamente blanco: solo 4 de las 24 personas que lo han formado son mujeres, un 16 %. Una de ellas, Gina Haspel, ha sido la primera mujer en dirigir la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Los gobiernos de Obama llegaron al 33 %, aunque seguían estando lejos de la paridad.

Donald Trump ha sido definido por alguna de sus colaboradoras como el “campeón de las mujeres” y él ha presumido a menudo de tener más mujeres en su equipo que ningún otro presidente. Pero la realidad es algo distinta.

Un repaso a los puestos principales de designación política muestra que en torno a un tercio han sido ocupados por mujeres. Entre la plantilla de la Casa Blanca de más alto rango, la cifra ascendía a un 40 %. En la Administración Obama era del 50 %.

Brookings ha publicado recientemente un estudio sobre los colaboradores principales con más influencia de los presidentes, desde Ronald Reagan hasta Donald

² <https://www.emilyslist.org/news/entry/the-2018-midterm-elections-by-the-numbers>

La brecha salarial entre mujeres y hombres en la actual Casa Blanca es mayor que la brecha nacional, y mayor de lo que lo fue en la era Obama. Hoy las mujeres ganan, de media, 69 céntimos por cada dólar que gana un hombre; a nivel nacional la diferencia es de 82 céntimos por dólar; con Obama fue de 89 céntimos por dólar

Trump³. El conocido como “equipo A” de Trump estaba formado por un 23 % de mujeres. Menos que con Obama (34 %), menos que con George W. Bush (27 %), menos que con Clinton (30 %).

Tampoco se han visto favorecidas las mujeres en la Administración en cuanto a remuneración se refiere en estos cuatro últimos años. La brecha salarial entre mujeres y hombres en la actual Casa Blanca es mayor que la brecha nacional, y mayor de lo que lo fue en la era Obama. Hoy las mujeres ganan, de media, 69 céntimos por cada dólar que gana un hombre; a nivel nacional la diferencia es de 82 céntimos por dólar; con Obama fue de 89 céntimos por dólar⁴.

En el papel que desempeñan las mujeres en una presidencia, mucha atención suele dedicarse a la primera dama, un cargo cuya definición sigue siendo borrosa. En la memoria, siempre, Eleanor Roosevelt, la primera en utilizar su posición para luchar por causas como los derechos civiles, los derechos de las mujeres y los derechos humanos, en una época en la que era mucho más difícil hacerlo.

La esposa del presidente está sometida, desde el primer momento, al mayor escrutinio mediático, lo que ha contribuido a menudo a perpetuar los estereotipos de género en torno a la Casa Blanca. Cuestiones como la ropa, los menús o la decoración predominan tradicionalmente en las informaciones sobre ellas, a lo que se suman las causas que cada una elige encabezar. Melania Trump no

lo tenía fácil, por su propia trayectoria –primera primera dama en ser extranjera, modelo, en no tener el inglés como lengua materna-, por la idiosincrasia de su marido y por ser la sucesora de una mujer de conocida carrera profesional y destacada personalidad como Michele Obama.

Trump no pasará a la historia de las primeras damas como una de las más relevantes. La causa que ha liderado, por la defensa de los niños que sufren acoso, nació tarde y descafeinada. Pero sí habrá sido una de las que más atención –a menudo con un tufo misógino- ha recibido por parte de los medios, a los que detesta. Sus diversas ausencias públicas han levantado todo tipo de especulaciones y con frecuencia ha sido un blanco más en los ataques dirigidos a su marido.

Mucho más controvertido ha sido el papel de la “primera hija”, Ivanka Trump. Nombrada “asesora especial”, la hija del presidente contó con oficina sin sueldo desde el primer momento. Las acusaciones de nepotismo y de rozar las fronteras de lo ilegal fueron subiendo de tono a medida que la presencia de Ivanka se hacía más omnipresente y alcanzaron su punto más alto, posiblemente, cuando Trump le pidió que ocupara su asiento durante unos instantes durante la reunión del G20 celebrada en Japón en el verano de 2019. El momento más extraño fue la foto de familia de los líderes globales en la que ella, que no era representante oficial de ningún país, aparece al lado de su padre. La falta de límites entre los asuntos familiares y de Estado, entre los intereses generales y los negocios privados, ha tenido su máximo exponente en la pareja Ivanka Trump-Jared Kushner (su marido), también asesor áulico del presidente.

5

Frenos, retrocesos y cambios en la agenda feminista

Desde una perspectiva progresista, la Administración Trump ha usado todos los mecanismos a su alcance para hacer avanzar una agenda conservadora que ha implicado, en muchos casos, retrocesos en los derechos adquiridos por las mujeres.

Se ha restringido o dificultado el acceso al aborto o a anticonceptivos dentro de la cobertura sanitaria del Obamacare, con argumentos religiosos, y se han puesto trabas a mecanismos que luchaban contra la

³ Tenpas, Kathryn Dunn, The President’s Advisors. An Analysis of women on the president’s “A Team”, Brookings, June 2020, <https://www.brookings.edu/essay/the-presidents-advisors-an-analysis-of-women-on-the-presidents-a-team/>

⁴ Carrazana, Chabeli, Women in President Donald Trump’s White House earn 69 cents for every \$1 paid to male staffers, The 19th, September 17, 2020, <https://19thnews.org/2020/09/gender-pay-gap-trump-white-house/>

En el ambiente enrarecido provocado por el coronavirus y la campaña electoral, los grupos supremacistas blancos, con su defensa del papel de la mujer como madre y ama de casa, han tenido una presencia desmesurada en la agenda informativa

discriminación salarial por género o contra el acoso sexual en las universidades. También se ha recortado la cantidad máxima de dinero que un trabajador puede percibir por horas extra, una medida que afecta especialmente a madres solteras y a mujeres negras, y se ha retirado la protección sanitaria a las personas trans. Asimismo, se ha cambiado el concepto de violencia doméstica, dejando fuera el maltrato psicológico. Son solo algunos ejemplos⁵. A ello se sumó la decisión de separar a los niños de sus madres en la frontera, como parte del endurecimiento de su política migratoria, una medida que suscitó un rechazo generalizado dentro y fuera del país.

Trump se aseguró además de que esta agenda tuviera una proyección en el tiempo, más allá de su presidencia, con la paulatina transformación del Tribunal Supremo en una institución de mayoría conservadora. El colofón de esta estrategia ha sido el nombramiento de la jueza Amy Coney Barrett en sustitución de la fallecida Ruth Bader Ginsburg apenas unos días antes de las elecciones.

A todo ello se suma el desproporcionado mayor impacto que la COVID-19 está teniendo en el empleo femenino. Entre las causas que lo explican, el mayor

número de mujeres en sectores que dependen de la distancia social –como hostelería o cuidados– y que han tenido que dejar sus empleos para poder atender a sus hijos al cerrar las escuelas durante el confinamiento⁶. En ambos casos, son también las mujeres de color las que más han sentido los efectos negativos de la pandemia.

En el ambiente enrarecido provocado por el coronavirus y la campaña electoral, los grupos supremacistas blancos, con su defensa del papel de la mujer como madre y ama de casa, han tenido una presencia desmesurada en la agenda informativa, mucho mayor de lo que su peso en la sociedad estadounidense justificaría.

Dentro de la movilización feminista de los últimos cuatro años, ha sido precisamente el feminismo negro el que ha emergido con mayor fuerza y originalidad, en un año además marcado por el movimiento #BlackLivesMatter. Títulos como *Hood Feminism*, de Mikki Kendal, *This is Major: Notes on Diana Ross, Dark Girls and Being Dope*, de Shayla Lawson son solo dos ejemplos de obras publicadas en 2020 que reivindican el lugar de las mujeres de color.

6

De nuevo, la política

La tendencia creciente en la presencia de mujeres en la política, reflejada en las elecciones de mitad de mandato en 2018, se ha visto confirmada en 2020.

La primera “prueba de fuego” fueron las primarias demócratas. Del total de 28 candidatos a la carrera presidencial, 6 fueron mujeres, algo más del 21 %. Al final, como bien se sabe, el ganador fue, de nuevo, un hombre mayor y blanco, Joe Biden. El nuevo presidente, sin embargo, cumplió su promesa de seleccionar a una mujer para la vicepresidencia y ha configurado un gabinete bajo los principios de la diversidad y la paridad. En unas elecciones que se plantearon, en buena medida, como las “de las mujeres” y con una movilización electoral sin precedentes, Joe Biden obtuvo el 57 % del voto femenino, mientras que un mayor número de hombres votó a Trump (53 %). El demócrata arrasó entre las mujeres de color (un 90 %) y entre las latinas

⁵ Ahmed, Osub, Phadke, Shilpa and Boesch, Diana, Women Have Paid the Price for Trump's Regulatory Agenda, Center for American Progress, September 10, 2020, <https://www.americanprogress.org/issues/women/reports/2020/09/10/490241/women-paid-price-trumps-regulatory-agenda/>

⁶ Alon, Titan et al., The shecession (she-recession) of 2020: Causes and consequences, VoxEU-CEPR, September 22, 2020, <https://voxeu.org/article/shecession-she-recession-2020-causes-and-consequences>



Camala Harris en un acto de campaña en Florida.

(un 69 %). Pero el republicano consiguió más votos entre la población blanca: un 61 % de los hombres y un 55 % de las mujeres, dos puntos más en este caso que en 2016⁷.

Más allá de la Casa Blanca, en enero de 2021 ocupan sus puestos 118 mujeres en la Cámara de Representantes y 26 senadoras; un 27,1 % en el total del Congreso⁸. Un paulatino avance pero que sigue estando, sin embargo, muy lejos de otras democracias como España (46,85 %), Suecia (46,4 %) o Finlandia (41,5 %). Pese a que la mayor parte de dichas mujeres en el Congreso estadounidense pertenecen al Partido Demócrata -106 frente a 37 republicanas- son estas las que mayor avance numérico han hecho con respecto a las elecciones anteriores.

100 años después de que en Estados Unidos entrara en vigor la Decimonovena enmienda de la Constitución, que garantiza el mismo derecho al voto a hombres y mujeres, todavía queda un largo recorrido para alcanzar la igualdad. La llegada de Kamala Harris a la vicepresidencia supone un salto de gigante en ese camino.

En enero de 2021 ocupan sus puestos 118 mujeres en la Cámara de Representantes y 26 senadoras; un 27,1 % en el total del Congreso. Un paulatino avance pero que sigue estando, sin embargo, muy lejos de otras democracias como España (46,85 %), Suecia (46,4 %) o Finlandia (41,5 %)

⁷ Hall, Madison, Gal, Shayanne, How the 2020 election results compare to 2016, in 9 maps and charts, Business Insider, November 18, 2020, <https://www.businessinsider.com/2016-2020-electoral-maps-exit-polls-compared-2020-11#as-voters-education-levels-increase-theyre-more-likely-to-vote-for-clinton-or-biden-instead-of-trump-5>

⁸ <https://cawp.rutgers.edu/election2020-results-tracker>